

El anhelo de conocimiento como fuente de virtudes cívicas. Reflexiones para nuestro tiempo a partir de Michel de Montaigne

Víctor H. Palacios Cruz

*Centro de Estudios Políticos y de Gestión Pública
Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo
(Chiclayo, Perú)*

vpalacios@usat.edu.pe, victorhpc@hotmail.com

Sumilla

La tendencia a la verdad es la tendencia hacia una sintonía con el mundo y la inserción de la vida en él. Proceso que requiere el concurso de otras miradas, todas ellas fragmentarias y diversas, cuya incorporación asegura la objetividad del saber y respeta la riqueza de lo real. El intercambio es el lugar del conocimiento que, por ello, precisa de hábitos de convivencia y comunicación que fortalezcan la integración y la pertenencia al espacio común. Michel de Montaigne, en el conflictivo siglo XVI, celebra el placer de la discusión y exhorta a viajar como una forma de eludir el orgullo individual e incrementar el ser a través de la pluralidad. En él, la búsqueda recta y leal de la verdad, unida a una actitud cortés en la polémica, entraña el cultivo de virtudes cívicas más allá de la mera tolerancia y contempla disposiciones de interés, cordialidad, diálogo, inclusión y cuidado de lo común.

Biografía

Nacido en Piura (Perú). Tiene maestría en filosofía y estudios de doctorado por la Universidad de Navarra (Pamplona). Coautor de *Miremos la muerte* (Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, 2006) y *Julio en el rosedal. Memoria de una escritura*, sobre la obra de Julio Ramón Ribeyro (Universidad de Piura, Perú, 2008). Invitado y expositor en actos académicos organizados en Uruguay, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y España.

Palabras clave

Montaigne, verdad, diálogo, pluralidad, tolerancia.

Quien (1533-1592), hijo del señor del castillo de Montaigne, a poco de nacer fue no criado por una nodriza como acostumbraba la nobleza de su tiempo, sino más bien enviado a la casa de unos leñadores con la intención de que se habituase a la carestía y la reciedumbre de las gentes más modestas; para luego ser devuelto al hogar paterno a fin de que fuera instruido en la lengua latina y el conocimiento de los clásicos por tutores extranjeros, que dispusieron que cada mañana el pequeño Michel fuera

despertado no bruscamente sino con las dulces notas de unos músicos que tocarían al lado de su habitación.

Quien cita innumerables veces a Plutarco, Séneca o Sócrates, y anima a la vez a mirar hacia los campesinos, “que no conocen ni a Aristóteles ni a Catón”, pero de los que “la naturaleza extrae todos los días actos de firmeza y de resistencia más puros y más vigorosos que los que estudiamos con tanto esmero en la escuela”.

Quien declara haber “descubierto que los libros son el mejor avituallamiento que podemos llevar en el viaje de la vida” y, poco más tarde, afirma que “preferiría ser un entendido en mí mismo a serlo en Cicerón”, pues “con mi experiencia sobre mí me basta para hacerme sabio, si fuese buen estudiante”. Quien, además, departe con nobles y cardenales, pero se entusiasma charlando con los labriegos de sus tierras.

Quien fue magistrado en el Parlamento de Bretaña, requerido por el propio Rey para la alcaldía de Bordeaux y reclamado como árbitro en los litigios de religión entre hugonotes y católicos en la Francia del siglo XVII, confesó también que “pude yo mezclarme en los empleos públicos sin apartarme de mí ni siquiera en lo ancho de una uña”, pues, aun entre apremios mundanos, “debemos reservarnos una trastienda del todo nuestra, del todo libre, donde fijar nuestra verdadera libertad y nuestro principal retiro y soledad”; y, sin embargo, pudo al mismo tiempo juzgar que el sabio, “sabiendo exactamente lo que debe, ve que su papel consiste en contribuir a la sociedad pública con los deberes y oficios que le incumben. Quien no vive en modo alguno para los demás, no vive para sí”.

Quien, tras las sucesivas muertes de su querido padre y su entrañable amigo Etienne de La Boétie, se retiró a su castillo para dedicarse al sosiego y la reflexión, explicando que “todos miran ante sí; yo miro dentro de mí. Solo me ocupo de mí mismo”, “los demás van siempre a otra parte” mientras “yo me envuelvo en mí mismo”; y poco después de concluir *Los ensayos* –fruto de esa etapa de involucramiento, lectura y composición de la propia identidad en la escritura– decidió emprender un largo viaje por el resto de Francia y por distintas ciudades de Alemania, Suiza e Italia, alegando que conviene desplazarse a otros lugares a fin de “rozar y limar nuestro cerebro con el de otros”, atento a lo distinto, puesto que “ninguna creencia me ofende” y “cualquier cielo me va bien”.

Quien opinó que no somos sino “humo, viento, sombra, nada”, y añadió más adelante que “somos más ricos de lo que pensamos, pero nos educan para el préstamo y la mendicidad”, y en verdad “la enfermedad más salvaje es el desprecio de nuestro propio ser”.

En fin, quien conoció la pobreza y la opulencia; quien trató con una clase social y con la opuesta; quien con el mismo donaire tomaba y dejaba los libros; quien citaba profusamente a los antiguos, pero defendía el juicio nacido de la propia experiencia; quien gustaba del reposo y del movimiento –“quiero que la muerte me sorprenda en mí cabalgadura y no postrado en mi lecho”–; quien decide el encierro en su castillo para rehacerse del dolor y la convulsión social, y luego se pierde por los senderos con los ojos vivos y el corazón ávido; más aún quien es testigo de rencores religiosos y repudia la soberbia; quien se mantiene católico hasta su muerte, pero abraza a allegados hugonotes y judíos; quien brinda por Virgilio y ensalza el vigor de los grandes

escritores, y a la vez mira interesado hacia los nativos del Nuevo Mundo y compone un insólito discurso de defensa de los caníbales frente a la Europa violenta y depravada; quien profesa de palabra y obra un afecto por la humanidad diversa y variable, quien aplaude el mundo en una época de espanto; quien, como resume Jean Lacouture,¹ es un hombre a caballo, con un pie en un lado y el otro en el contrario; es, a no dudarlo, no un espíritu inestable sino más bien inquieto, no fluctuante sino fiel a sí mismo, y tampoco contradictorio sino rico y versátil.

El hombre que describió Peter Bürger como fundador de la subjetividad moderna y Hans Blumenberg como quien contribuyó a que el término «mundo» evocara ya no solo la naturaleza, sino también la indelegable intimidad personal, es el mismo ensayista que tiene a la conversación como su más grande deleite y considera “a todos los hombres compatriotas míos, y abrazo a un polaco como a un francés, posponiendo el lazo nacional al universal y común”.

En el curso del primer retiro a su castillo –no huyendo del tumulto y el bullicio de las calles, sino afligido por dos muertes cercanas y decidido a preservar su individualidad de la disipación de la corte y el mercado—² una mañana una noticia urgente aporreó las pesadas puertas de su propiedad. El 24 de agosto de 1572 había acaecido en París la llamada Noche de San Bartolomé, una feroz carnicería en que perecieron miles de hugonotes a manos de católicos enceguecidos por su propio terror, poco después de las bodas entre Margarita de Valois y Enrique de Navarra.³ En aquellos días, crispados por recelos religiosos y codicias de poder, “el Ródano arrastró tantos cadáveres de Lyon a Arlés que los arlesianos no pudieron beber de sus aguas hasta tres meses después”.⁴

En un pasaje de *Los ensayos*, Montaigne escribe: “vivo en una época en la cual menudean los ejemplos increíbles de este vicio [la crueldad], debido a la licencia de nuestras guerras civiles; y nada se ve en las antiguas historias más extremo que aquello que nosotros experimentamos todos los días. Pero de ninguna manera me he acostumbrado. A duras penas podía persuadirme, antes de haberlo visto, de que hubiese almas tan feroces que, por el simple placer de matar, quisieran hacerlo, despedazar y segar los miembros de alguien, aguzar el ingenio para inventar tormentos insólitos y nuevas muertes, sin enemistad, sin provecho y sin otro objeto que gozar del

¹ *Montaigne a caballo*, trad. Ida Vitale, México, FCE, 2000.

² En suma, un afán de integridad. Dice Zweig: “lo que buscaba era su «yo» interior, que no puede pertenecer al Estado, a la familia, al tiempo, a las circunstancias, al dinero, a la hacienda; aquel «yo» interior que Goethe llamaría la «ciudadela»” (*El legado de Europa* trad. Claudio Gancho, Barcelona, Editorial Acantilado, 2003, pp. 41-42)

³ Catalina de Medicis y sus consejeros habían tramado un matrimonio aparentemente conciliatorio entre su hija Margarita de Valois y el hugonote Enrique de Navarra. La concurrencia masiva de los partidarios de esta facción calvinista debió causar sorpresa entre los católicos parisinos quienes, según Jean Delumeau, a causa de los miedos acumulados y la extrañeza ante presuntos privilegios concedidos por la Reina a los reformadores, en el curso impreciso de un rumor perdieron el control y, en medio de una aterradora confusión, pasaron a cuchillo a casi tres mil hugonotes esa misma noche en la capital. (Cf. *El miedo en Occidente. (Siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*. Trad. Mauro Armíño, Madrid, Taurus, 2002, pp. 276-278)

⁴ ANTHONY C. GRAYLING, *Descartes. La vida de René Descartes y su lugar en su época*, trad. Antonio Lastra, Valencia, Pre-Textos, 2007, pp. 45-46.

agradable espectáculo de los gestos y los movimientos lastimeros, de los gemidos y los gritos quejumbrosos de un hombre que muere lleno de angustia”.⁵

Como cuenta Stefan Zweig, a los quince años Michel había atestiguado el levantamiento popular en Bordeaux contra el impuesto de la sal, que fue reprimido con la mayor crudeza. “El muchacho vio cómo centenares de personas pasaban de la vida a la muerte torturadas, colgadas, empaladas, descuartizadas, decapitadas y quemadas”. Tras la Noche de San Bartolomé, “los hugonotes a su vez vengaron crímenes con crímenes: irrumpieron en las iglesias, destruyeron las imágenes, sin que su locura de posesos dejase en paz ni siquiera a los muertos, violando y saqueando las tumbas de Ricardo Corazón de León y de Guillermo el Conquistador. De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, avanzaban las tropas tanto católicas como hugonotes, pero siempre franceses contra franceses, ciudadanos contra ciudadanos”.⁶

En la paz de sus propiedades, la indignación del autor de *Los ensayos* se prolongó en una meditación sobre el motivo de estas demencias. Cómo un credo espiritual pudo infundir un apetito homicida, qué lleva a que una doctrina nacida de la serenísima enseñanza de Jesucristo mueva a blandir un puñal, qué pudo pasar en las almas para que se mirase al gentil o al que tenía otra creencia no con la caridad impartida a los apóstoles sino con una inquina obstinada y atrevida.

Montaigne cree que las desavenencias y enconos tienen finalmente su raíz en la excesiva confianza puesta en la razón, que se pronuncia de modo taxativo sobre lo que ya no forma parte de los dogmas de fe. Una desmedida pretensión de certeza enfatiza la propia posición al punto que llega a no soportarse el parecer diverso. La presunción del respaldo divino en la opinión personal, como en Martín Lutero, se prepara para la corrección violenta del contrario. “¿Acaso —escribe el jinete gascón— hemos olvidado cuántas contradicciones percibimos en nuestro propio juicio, cuántas cosas que ayer nos servían de artículos de fe hoy las consideramos fábulas? El orgullo y la curiosidad son los dos azotes de nuestra alma. Ésta nos lleva a meter la nariz en todo; aquél nos impide dejar nada sin resolver y sin decidir”.⁷

Harold Bloom cree que el hecho de que Montaigne permaneciera católico, pese a que otros parientes suyos se convirtieran al calvinismo, no lo convertía por fuerza en un apologeta militante. Confundido o asustado por la vorágine, optó por el silencio, la observación y la medida. En todo caso, jamás tomó partido público en estas guerras civiles.⁸ No obstante, teniéndolas delante es como acuñó su desdén por la arrogancia de los pareceres, que le llevó, asimismo, a moderar las euforias del humanismo sin llegar a la visión peyorativa del género humano que difundía la reforma luterana.

El reverso de su repudio de cualquier clase de dogmatismo es su encendido interés por toda práctica, creencia y mirada terrenas, que alcanza una expresión vivaz en su apología de los viajes. En el capítulo de su libro dedicado a la formación de los hijos, explica que a un niño “las relaciones humanas le convienen extraordinariamente, y la visita de países extranjeros, no solo para aprender, a la manera de los nobles franceses,

⁵ Trad. J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007, II, XI, p. 622.

⁶ S. ZWEIG, *El legado de Europa*, pp. 12-13.

⁷ *Los ensayos*, I, XVI, pp. 239-240.

⁸ *El canon occidental*, trad. Damián Alou, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 160.

cuántos pasos tiene la Santa Rotonda, o la riqueza de las enaguas de la Signora Livia, o, como otros, hasta qué punto el semblante de Nerón en alguna vieja ruina de allí es más largo o más ancho que el de cierta medalla similar, sino aprender sobre todo las tendencias y costumbres de esas naciones, y para rozar y limar nuestro cerebro con el de otros”.⁹

Al hablar de los libros, confiesa su predilección por el género de la historia y su particular estima por las *Vidas paralelas* de Plutarco –“para enjuiciar a un hombre, hay que seguirle larga y atentamente la huella”, dice–¹⁰. Lo que hace sospechar que su pasión por el viaje es, en suma, la pasión por encontrarse con nuestra naturaleza en todas sus peculiaridades y tratar al individuo irremplazable al margen de alcurnias y etiquetas. En consecuencia, el llamado Señor de la Montaña –como anota uno de sus biógrafos– “ignora las clases, y en Ferrara come con el duque y conversa con el Papa al igual que lo hace con párrocos protestantes, zwinglianos y calvinistas” y “se deja invitar por una familia judía a una ceremonia de circuncisión, visita bibliotecas, acude a los baños de Lucca, pide a las campesinas que bailen y charla con cualquier *lazzarone*”.¹¹

Descartes colige de la igualdad de los mortales –“el buen sentido es la cosa mejor repartida entre todos los hombres”– la excusa para mirar solo en sí mismo y conocer allí lo que a todos es dado conocer –“decidí liberarme de los muchos errores que ofuscan nuestra luz natural y escuchar únicamente la voz de la razón”–.¹² Busca lo universal en lo particular, la humanidad en su yo. Y se queda inmóvil. Montaigne, a la inversa, parte del mismo pretexto de la igualdad de todos para, por el contrario, animarse a buscar lo personal en la multiplicidad e indagarse a sí mismo en el semblante de los otros. Y se pone en movimiento.

En la carta al lector con que se abren sus ensayos, advierte que “yo soy la materia de este libro” y que en él “me pinto a mí mismo”. En el índice, no hay título alguno que aluda explícitamente a su vida o su personalidad, sí más bien divagaciones sobre los carruajes, los parlamentos de las batallas, la muerte, los dedos pulgares, los versos de un poeta o los caníbales. Montaigne no emprende el camino cartesiano de encerrarse a sí mismo para, gracias al don de unas ideas innatas y la confianza en su autoría divina, capturar el entero universo, sino que, a la inversa, se busca a sí mismo en la multitud de los asuntos que surgen sobre su mesa de estudio o a lomos de su caballo. Hablan de uno mismo, más que las fotografías donde aparecemos, las que recogen todo aquello que retiene, cautiva y ejercita nuestra mirada.

Ciertamente, la fama de espíritu abierto y andariego del jinete gascón, ayudó a que sus paisanos le atribuyeran la ponderación, la imparcialidad y la sutileza propias del oficio diplomático que aquellos revueltos años exigían con gravedad. Se tiene, a propósito, noticia del pedido escrito que, durante su gobierno municipal, hizo al Rey

⁹ *Los ensayos*, I, XXV, p. 194.

¹⁰ *Los ensayos*, I, XXV, pp. 484-485. “Los historiadores son lo que mejor se me da”; “el hombre en general, cuyo conocimiento busco, aparece en ellos más vivo y más entero que en ninguna otra parte, la diversidad y la verdad de sus condiciones internas en conjunto y en detalle, la variedad de los medios de su asociación y de los accidentes que le amenazan. Ahora bien, los que escriben vidas, dado que se ocupan más de las decisiones que de los resultados, más de lo que surge de dentro que de lo que ocurre fuera, me convienen más”. (Ibid., II, X, p. 596)

¹¹ S. ZWEIG, *El legado de Europa*, p. 73.

¹² *Discurso del método*, versión castellana de Eduardo Bello (Madrid, Tecnos, 1999), pp. 4 y 14.

para abogar por los más débiles contra un régimen fiscal que privilegiaba a las familias más acomodadas.¹³ Montaigne da muestras de su sentido de la igualdad y su celo solidario. Dos de sus hazañas como burgomaestre convergieron en el mismo propósito: asegurar la paz de su jurisdicción y contribuir a la de toda Francia. Por una parte, logró refrenar a una facción católica extremista que ansiaba nuevas cuotas de poder, y, por otra, concertó la reconciliación entre Enrique de Navarra y el rey de Francia, Enrique III, valiéndose de sus buenas relaciones con ambos, con lo que, de paso, contuvo la injerencia del grupo hugonote, que aún debía recordar el desangramiento de 1572.

Ahora bien, todos estos gustos, disposiciones e iniciativas del escritor del castillo tienen su vértice en un punto en que, inseparable de su crianza ya referida y su talante generoso y animado, se halla una determinada manera de entender la condición humana y, en particular, su relación con el saber. Concepción desprovista de una ostensible originalidad, es cierto, pero excepcional en la turbulencia de su contexto y dotada de un magnetismo diría irresistible e intemporal.

“Sea lo que fuere lo que nos predicán –arguye, por ejemplo–, sea lo que fuere lo que aprendemos, habría que recordar siempre que es el hombre quien da y el hombre quien recibe; es una mano mortal la que nos lo ofrece, es una mano mortal la que lo acepta. Solo las cosas que nos llegan del cielo tienen derecho y autoridad de persuasión”.¹⁴ ¿Significa ello, entonces, que nuestra estatura pobre ante la inmensidad cambiante del universo nos conmina a bajar los brazos, guardar los papeles y apagar nuestras pantallas, puesto que sobre la Tierra es inútil el esmero e infructuosa toda búsqueda?

Admirablemente, responde Montaigne: “la persecución y la caza corren propiamente de nuestra cuenta; no tenemos excusa si la efectuamos mal y con impertinencia. Fallar en la captura es otra cosa. Porque hemos nacido para buscar la verdad; poseerla corresponde a una potencia mayor”. De manera que “el mundo es

¹³ La argumentación que hace ante el Rey es “de una increíble osadía. Hay que citar ampliamente este texto donde se manifiesta un precursor de la reforma social o, mejor dicho, fiscal, porque ridiculiza para siempre la tesis que hace de Montaigne un conservador egoísta y friolento, incurablemente encerrado en su torre de enfermo y en sus privilegios: «Señor, Los alcaldes y regidores que gobiernan vuestra ciudad [...] de Burdeos [...] os advierten muy humildemente [...] sus quejas y sentimientos relativos a las penas y sobrecargas que han sufrido y sufren a diario [...] Todos los impuestos deben recaer por igual sobre todas las personas, el fuerte llevando al débil [y es] muy razonable que aquellos que tienen los medios mayores soporten la carga más que aquellos que viven azarosamente y del sudor de su cuerpo; sin embargo habría sucedido desde hace algunos años e incluso en el presente, que los impuestos dados por vuestra autoridad [...] las más ricas y opulentas familias de la mencionada ciudad estarían exceptuadas por el pretendido privilegio por todos los oficiales de justicia [...] De modo que de ahora en adelante cuando convenga imponer alguna dación o impuesto, habrá que hacer que la soporte el menor y más pobre número de los habitantes de las ciudades, lo que es del todo imposible [...] Como por la justicia reinan los reyes y por ella todos los Estados son mantenidos, también se requiere que sea administrada gratuitamente y con la menor cantidad de pueblo que se pueda hacer. Algo que Vuestra dichosa Majestad conocía muy bien y deseando eliminar la fuente del mal principal habría, por su muy santo edicto, prohibido toda venalidad de oficios de judicatura; no obstante, por la injuria del tiempo, la multiplicación de los oficiales continuó, con lo que el pobre pueblo está grandemente abrumado [...] tanto más que lo que costaba un sueldo ahora cuesta dos, y por un escribano que había que pagar dos, ahora hay que pagar tres [...] de modo que los pobres, no teniendo la manera de satisfacer tantos gastos, están obligados muy a menudo a abandonar la prosecución de sus derechos». Texto admirable, en el que ya se oye la sonoridad de los cuadernos de quejas de 1789.” (LACOUTURE, *Montaigne a caballo*, pp. 331-332)

¹⁴ *Los ensayos*, II, 12, p. 845.

solo una escuela de indagación. La cuestión no es quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras”.¹⁵ La imposibilidad de consumir el saber –finitos y volubles como somos– establece la legitimación de todos los caminos, en tanto que llevados con rectitud y aplicación. Un justo medio entre el desaliento ante la propia iniciativa y la irreverencia ante la voz de los demás.

Para el autor de *Los ensayos*, uno tiene licencia para fiarse de su propia condición siempre y cuando no haga de ella una potencia perfecta y autónoma. Si cada uno es solo un punto en el tiempo y el espacio, ¿cómo pretender sacralizar cualquiera de nuestros pronunciamientos? Simultáneamente, si cada vida es fragmentaria, también cuenta decir que es asimismo irremplazable. No se le debe pleitesía al propio juicio, pero tampoco corresponde desecharlo sin examen. “Somos más ricos de lo que pensamos”,¹⁶ dice y agrega luego: “la enfermedad más ruin es el desprecio de nuestro propio ser”.¹⁷ En la brevedad de la existencia no agotamos las posibilidades que albergamos, pero nadie más vivirá lo que cada individuo o colectividad. Todos trazamos trayectos cortos pero propios, y por esta razón se escriben biografías.

“Por mediocre que sea vuestra vida, aceptadla y vividla –escribía Henry David Thoreau–; no la esquivéis ni la denostéis. No es tan mala como vosotros. Parece más pobre cuando más ricos sois. Quien a todo le saca punta encontrará faltas incluso en el paraíso. Amad vuestra vida por pobre que sea. Tal vez tengáis una hora grata, conmovedora, gloriosa, incluso en un asilo. El sol poniente se refleja en las ventanas de la casa de la caridad con el mismo resplandor que en la morada del rico. [...] Vended vuestras ropas y conservad vuestros pensamientos. Dios proveerá para que no os falte compañía. Si estuviera confinado en el rincón de una buhardilla el resto de mi vida, como una araña, el mundo seguiría siendo tan grande mientras tuviera mis pensamientos conmigo. [...] Aunque la pobreza restrinja vuestra esfera de acción y no podáis comprar libros ni periódicos, por ejemplo, quedaréis limitados a las experiencias más significativas y vitales; os veréis obligados a tratar con la materia prima que proporciona más azúcar y vigor”.¹⁸

Aristóteles argüía que lo que descubre cada uno por sí solo es desdeñable, pero lo que se reúne entre varios es ya de apreciable magnitud.¹⁹ Por lo mismo, nadie yerra por completo y ningún punto de vista sobra, pues cada uno da algo que otro no posee. La finitud explica, más aún, la maravillosa desigualdad de los humanos y la constante mudabilidad de las opiniones y los hábitos. Toda ciencia es temporal, unida a los medios del investigador y a su circunstancia. Cada planteamiento proviene de una única oportunidad y aporta algo que suma sin llegar a serlo todo. Ya solo cada lengua, como defiende George Steiner, es una experiencia distinta del mundo. Y también una música diversa. No podríamos contentarnos con nuestra parcela, pero sacamos provecho de ella y saludamos la cosecha del vecino. El único ámbito en que no tiene sentido la

¹⁵ *Los ensayos*, III, VIII, p. 1385.

¹⁶ *Los ensayos*, III, XII, pp. 1448.

¹⁷ *Ibid.* III, XIII, p. 1659.

¹⁸ *Walden*, trad. J. Alcoriza y A. Lastra, Madrid, Cátedra, 2010, pp. 351-352.

¹⁹ Cf. *Metafísica*, trad. V. García Yebra, Madrid, Gredos, 1998, I 993a 30-35, pp. 84-87.

disparidad y es posible la inmutabilidad de los axiomas, es la ciencia matemática, que trata justamente de artificios que son solo abstracciones de los hechos y las cosas.

Con un poco de perspectiva, la postura montaigniana pareciera presentir la embriaguez racionalista de las metafísicas del siglo XVII (Spinoza y Leibniz, por ejemplo), el orgullo presentista de la Ilustración y la ambición positivista y marxista de llevar la ciencia al más irrestricto bienestar social. En la antesala de los horrores del siglo XX, tintas diversas como las de Charles Baudelaire, Léon Bloy o Friedrich Nietzsche, deploraron visceralmente lo que *Los ensayos* ya habían risueñamente lamentado. Confiesa Gustave Flaubert, contemporáneo de ellos: “soy de la opinión de Montaigne, mi padre nutricio: creo que jamás se nos puede despreciar lo bastante, conforme a nuestro mérito. Me gusta ver la humanidad y todo lo que respeta rebajado, escarnecido, deshonorado, abucheado. Por ese lado siento alguna ternura por los ascéticos. El torpor moderno viene del respeto ilimitado que tiene el hombre por sí mismo”.²⁰

Redactada delante de las hinchazones de su tiempo, la obra de Montaigne modera nuestras ínfulas, pero no para postrarnos en la equívoca humildad del que renuncia a buscar, sino para devolvernos a la intemperie, al aire libre del amor a la verdad que impide decir *para siempre* en cualquier filosofía. “Cuando juego con mi gata, quién sabe si es ella la que pasa el tiempo conmigo más que yo con ella”,²¹ dice un hombre que no descuida ni en el momento más doméstico la pequeñez de su mirada.

Numerosas visiones cruzan la calle, no coinciden entre sí, pero todas ellas tienen razón. ¿Relativismo? No, más bien perspectivismo. Sería irresponsable el juez que resuelva un caso tomando un solo testimonio. Como sostiene Hannah Arendt en *La condición humana*, la salud del juicio personal consiste en incorporar otras maneras de ver lo mismo, captaciones de otros que comparten el espacio, que lo habitan y atraviesan de otros modos que, además, ratifican que aquello que observamos existe con independencia de nuestra percepción.²² Porque el mundo es poliédrico, ningún ángulo lo cubre entero, y es la concurrencia de otros lo que lo hace real para uno mismo.

El relativismo es, opuestamente, la constatación de las particularidades seguida de la desesperanza o el desdén respecto de su posible integración, su interrelación y su recíproco entendimiento. El relativismo es la indiferencia mutua y, por ello, la insignificancia de individualidades inaptas para lo mayor, fragmentos irrelevantes en un

²⁰ *Cartas a Louise Colet*, trad. Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela, 2003, p. 374.

²¹ *Los ensayos*, II, XII, p. 655. Sobre el perspectivismo, en *Los viajes de Gulliver* hay una estupenda digresión a propósito del arribo del protagonista a un país de gigantes: “no podía quitarme del pensamiento a Liliput, cuyos habitantes me consideraban el más grande portento que jamás se viera sobre la tierra, y donde podía yo remolcar una flota imperial con una mano y realizar aquellas otras hazañas que quedarán para siempre registradas en las crónicas de aquel imperio, mientras que la posteridad apenas las creará, a pesar de que millones de gentes las atestigüen. Pensaba cuán doloroso debería de ser para mí ser considerado en esta nación tan poca cosa como lo sería el simple liliputiense entre nosotros. Mas esto lo tomaba como la menor de mis desgracias, pues, como la experiencia enseña que los seres humanos son más salvajes y más crueles cuanto mayor es su estatura, ¿qué podría esperar yo, sino acabar siendo un bocado entre los dientes del primero de aquellos bárbaros que por ventura me agarrara? Sin duda ninguna tienen razón los filósofos cuando nos dicen que nada es grande o pequeño sino por comparación. Podría habérsele antojado a la fortuna permitir que los liliputienses encontraran algún pueblo cuyos habitantes fueran tan pequeños en relación con ellos como ellos en relación conmigo. ¿Y quién sabe si incluso esta extraordinaria raza de mortales no pudiera verse igualmente sobrepujada en alguna lejana parte del mundo aún no descubierta?” (Trad. Pollux Hernández, Madrid, Cátedra, 2003, p. 280-281)

²² Cf. trad. de Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 221-222.

conjunto imposible. Lo que el relativismo tiene en común con el dogmatismo es, y no casualmente, la actitud de reclusión conformista y de renuncia a la comunicación.

Como intuía Tzvetan Todorov, toda conversación empieza necesariamente alentada por una expectativa de verdad. En su libro *Elogio del individuo* –centrado en la transición de la plástica medieval a la moderna a través del arte flamenco–, el ensayista búlgaro introduce una esclarecedora cita de *La docta ignorancia* (1440) de Nicolás de Cusa: «Porque –tanto si está en la Tierra como en el Sol o en otra estrella– al observador siempre le parecerá que está situado en el centro, casi inmóvil, y que todo lo demás se mueve, y sin duda determinará con respecto a sí mismo polos diferentes en función de si está en el Sol, en la Tierra o en Marte, lo mismo sucede con las demás cosas». De donde se sigue que, necesariamente, «la máquina del mundo tendrá, por así decirlo, su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna». Por tanto, glosa Todorov, “ninguna persona está más en el centro del mundo que otra” y “ni siquiera un mismo individuo es siempre lo mismo”. De nuevo las lúcidas palabras del Cusano: «porque nuestra vista sigue las pasiones del cuerpo y del alma. Así, vemos primero con amor y alegría, después con dolor e ira, primero como un niño, después como un hombre, en último lugar con gravedad, como un viejo» (*La visión de Dios*).²³ Por consiguiente, qué es la búsqueda de la verdad sino la habilidad para asociar pedazos y momentos dentro y fuera de nosotros, la predisposición de ánimo para unir y propiciar pausas, ocasiones, estímulos y lugares para el encuentro.

De la unidad terráquea y la pluralidad de sus ocupantes, se decanta el favorable “equilibrio entre la objetividad del mundo y la subjetividad de la percepción”, en que esta última se convierte en una vía –la única posible, provista de pensamiento e iniciativa–, para “la mediación entre lo particular y lo universal”.²⁴ Ello a cuenta, desde luego, de la comunicación entre las personas. La aproximación hacia la integridad de las cosas –un sendero quizá interminable que redime el subir y volver a subir de Sísifo– exige la salida de la propia individualidad a través de la palabra. El lenguaje es la mediación entre una inalienable subjetividad y las aspiraciones de objetividad. Fe en el trato humano que Montaigne enseña y vive tanto en sus conversaciones cotidianas como en su elogio del viajar, y que, por último, libra al sujeto tanto de un encierro desamparado y vacío –como en el empirismo agnóstico de David Hume–, cuanto de un ficticio estado de autosuficiencia –en el innatismo de Descartes–.

El mismo don de la palabra que resbala en su afán por trepar al absoluto, se torna a la medida de la relación intersubjetiva. A la inviabilidad de su curso vertical, le sigue su perfecta competencia horizontal. El transporte del místico y el rapto del poeta se sitúan en lo incomunicable de la intimidad, en el roce de lo indecible. El lugar más propio para la verdad del mundo y la comunidad se halla, en cambio, en la prolongación abierta e incesante de la prosa y en la libertad de la plática. Si la filosofía es «amor a la verdad», por tanto disconformidad con uno mismo y búsqueda constante,

²³ *Elogio del individuo. Ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento*, trad. Noemí Sobregués, Madrid, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2006, p. 55.

²⁴ “Cuando Nicolás de Cusa escribe: «La visión absoluta está en toda mirada», afirma la presencia de lo absoluto sin olvidar la relatividad de cada mirada particular” (Ibid., p. 57).

el relativismo inutiliza el diálogo en tanto que el pluralismo lo fomenta y consagra como el sitio donde propiamente comparece el conocimiento.

No hay que perder de vista que, al margen de la problematización del concepto en la tradición moderna y contemporánea, por «verdad» tendemos espontáneamente a entender la consonancia o el correlato entre lo que se juzga o se piensa, y lo que consideramos como los hechos o la realidad. Con lo cual, amar la verdad –indagar, preguntar– es cultivar la relación entre uno y las cosas que anhela conocer, esto es, subrayar el vínculo y la pertenencia del yo a lo que genéricamente llamamos mundo –medio, entorno, naturaleza, sociedad–. Desear saber es afianzar nuestro «estar-en-el-mundo». Amar la verdad es de alguna forma amar el mundo y nuestra presencia en él. Una presencia que no es una superposición sino una participación, un ejercicio. De alguna manera, también una vocación.

Todorov extrae de su propia vivencia de exilio de la Bulgaria comunista y totalitaria de posguerra y su instalación en la cultura francesa –cuya nacionalidad adoptó–, una conclusión que nada tiene que ver con las facilidades del relativismo. El «hombre desarraigado», escribe, “aprende a dejar de confundir lo real con lo ideal, la cultura con la naturaleza”. Y si logra superar “el resentimiento, nacido del desprecio o de la hostilidad de sus huéspedes [...] descubre la curiosidad y aprende la tolerancia”. Además, “su presencia entre los «autóctonos» ejerce a su vez un efecto desarraigante: al perturbar sus costumbres, al desconcertar por su comportamiento y sus juicios, puede ayudar a algunos de entre ellos a adentrarse en esta misma vía de desapego hacia lo convenido, una vía de interrogación y de asombro”.²⁵

Poco después, agrega emotivamente: “mi traslado de Sofía a París me enseñó, ahora me doy cuenta, lo relativo y lo absoluto. Lo relativo, pues yo no podía ignorar ya que no todo *debía* ocurrir en todas partes como en mi país de origen. Lo absoluto también, pues el régimen totalitario en el que yo había crecido podía servirme, en cualquier circunstancia, de unidad de medida del mal. De ahí, sin duda, mi aversión simultánea, en la práctica del juicio moral, hacia estos dos hermanos enemigos que son el relativismo del «todo es igual» y el maniqueísmo del blanco o negro.”²⁶

Por supuesto, el yo precisa de la variación del ambiente y la idiosincrasia, algo que el traslado físico posibilita tan fructuosamente, para alcanzar una comprensión más amplia –no amargamente desencantada ni ingenuamente optimista– de su propia procedencia y su identidad; del mismo modo que cualquier sociedad gana una

²⁵ *El hombre desplazado*, trad. Juana Salabert, Buenos Aires, Taurus, 2008, p. 29.

²⁶ *El hombre desplazado*, p. 29. “Prefiero la distinción establecida por Montaigne al discernir tres actitudes con respecto a la verdad y los valores: la una es la de los nihilistas (como los llamaríamos en nuestros días), que han renunciado a buscarlos, la otra la de los dogmáticos, que ya los han hallado, y la última es la de los exploradores impertinentes, que se empeñan en continuar buscando, aun a sabiendas de que su búsqueda nunca llegará a su fin. [...] La diferencia con los dogmáticos es más específica, puesto que concierne a los métodos empleados: los primeros reciben sus valores de la tradición (religiosa o no) o de la inspiración del momento (al albur de las manifestaciones de un jefe carismático o de la obra de un artista genial). Los buscadores de la verdad los descubren a través de una observación del mundo y del diálogo entre los hombres. El intelectual de la tercera categoría, ni nihilista ni dogmático, tiene que vérselas a la vez con la verdad y con sus valores, al filo de lo que define su vocación; pero vive la relación entre ambos armónicamente, puesto que no cree ni en las verdades preestablecidas ni en los valores derivados de un único acto de fe. Ese intelectual, contrariamente a los otros dos, no es anacrónico.” (Ibid., pp. 166-167)

privilegiada conciencia de sí misma –no despiadadamente crítica ni interesadamente condescendiente– por medio de la mirada del visitante o el extranjero al que acoge a veces a regañadientes, a veces con indolencia, el valor de cuya perspectiva corrobora las ventajas, no solo burdamente económicas sino genuinamente humanas, de la hospitalidad.

Desde la imposibilidad de la búsqueda solitaria de lo verdadero, por una parte, y la evidente policromía de la Tierra, por otra, Montaigne arriba inexorablemente a la celebración y la riqueza del encuentro, en que nada confiere más sentido a la comunicación que las mismas diferencias. Dice en *Los ensayos*: “en la escuela de las relaciones humanas he observado con frecuencia el vicio de que, en lugar de dedicarnos a conocer a los demás, solo nos esforzamos en darnos a conocer, y nos preocupamos más por despachar nuestra mercancía que por adquirir una nueva. El silencio y la modestia son cualidades muy convenientes en el trato con los demás”.²⁷ El conocido entrevistador norteamericano Larry King declara que nunca ha aprendido menos que “cuando era yo el que hablaba”.²⁸ Sensatez de todos los tiempos y de todas las condiciones.

Ante la multiplicidad de las vidas, el disentimiento es esperable y de ningún modo una obstrucción. Es más, se trata del mejor pretexto para la cordialidad y la atención sincera al otro, pues la disparidad garantiza la ganancia del convite.²⁹ Nos unen más las discrepancias que las coincidencias. Coherentemente, fuera de su país Michel de Montaigne se entusiasma antes con algún lugareño que con un compatriota y graciosamente responde, a unos que en Sicilia le quieren presentar a paisanos suyos afincados allí, que no ha venido a buscar gascones habiendo dejado tantos en su casa. Incluso abstractamente puede decirse que estará más unido, y fortalecido, el pueblo compuesto por una heterogeneidad de opiniones, que aquel en que todos sus miembros profesen exactamente los mismos pareceres. Los ciudadanos que reproducen las mismas ideas, las del Estado o las del mercado, no necesitan tratarse y conocerse, les basta la coordinación de sus movimientos. En realidad, serán seres imaginarios o vidas realmente trágicas.

“Cuando me llevan la contraria –dice el maestro a caballo–, despiertan mi atención, no mi cólera; me ofrezco a quien me contradice, que me instruye. La causa de la verdad debería ser la causa común de uno y otro”. Por eso, nada detesta tanto como la lisonja de los otros o el miedo a enmendar que suele sentir quien confunde la amistad con la aquiescencia: “busco más el trato de quienes me reprenden que el de quienes me

²⁷ *Los ensayos*, I, XXV, p. 196.

²⁸ “Cala”, programa de entrevistas conducido por el periodista Ismael Cala. Emitido en el canal de televisión CNN en español, el día 01 de agosto de 2013.

²⁹ “No se trata de eliminar todo valor, en sentido fuerte, para dirimir la conversación en un terreno de indiferencia subjetivista, sino de permitir que las disensiones sean aceptadas por los hablantes no ya sin crispación, sino con auténtico interés. Solo así es posible corregir al otro sin imponerle imperativamente la propia opinión, como si fuera la única verdad ante la que hubiera de quedar subyugado. Gracias a la confrontación con la diferencia está en nuestra mano impedir que nuestras opiniones se petrifiquen, adoptando la apariencia de verdades absolutas.” (JESÚS NAVARRO, *Pensar sin certezas. Montaigne y el arte de conversar*, Madrid, FCE, 2007, p. 314)

temen. Es un placer insípido y nocivo tener relación con gente que nos admira y nos cede el sitio”.³⁰

La charla no viene a ser sino el canje de nuestros respectivos pedacitos de mundo y la certidumbre de la propia estrechez resulta el mejor motivo para la convocatoria y la urbanidad. Por ello mismo, la tolerancia, mencionada por Todorov, demuestra tanto su carácter indispensable como su contribución insuficiente. El propio búlgaro dice que las diferencias entre el tú y el yo solo “se establecen en un marco común, que es el de la *voluntad* de comprender al otro y de comunicarse con él”.³¹ La reunión de las personas supone, pues, un «querer», algo más que un «esperar» o un «resistir». Lo que implica una capacidad de emprendimiento, de iniciativa, que desborda el simple tolerar, que puede perfectamente equivaler a una quietud, incluso un desinterés o una secreta denigración del otro.

Pienso que una sociedad –y su política– se sostiene y vive como tal no mientras sus impenetrables privacidades se soporten y respeten unas a otras, sino cuando discurre la integración que resulta de la decisión de aproximarse. La convivencia es práctica, y no meramente espacial o vecinal, y en efecto requiere el desperezarse en la confianza y la apertura hacia el otro. Sin duda, dialogar supone una aventura, un riesgo, un entusiasmo. Como enseñaba Aristóteles en su *Política*, la buena salud de una ciudad necesita de cierto grado de empatía y aun de amistad entre sus habitantes.

En el tolerar, insisto, hay apenas una voluntad que podría llamarse «negativa», que consiste en no impedir, no restringir, no humillar o no impacientarse con lo extraño o distinto. Diferente de la voluntad «positiva» del levantarse y moverse hacia el otro, del recibir, alojar y escuchar a un tú. Si hablamos de virtudes cívicas, aludimos también a una etimología que, en el latín *virtus* y en su raíz léxica *vir*, entraña nociones de fuerza y de valor. Es decir, de actividad y no pasividad. Por tanto, la vida cívica está más cerca de la disponibilidad para la acción y el intercambio por medio de espacios y actividades, planificados desde lo público, pero sobre todo generados desde la propia ciudadanía. Para ser ciudadanos es todavía poco la dialéctica de deberes y derechos, fuente aun de posible conflictividad.³² Mantener una sociedad exige, por encima de la paz del orden judicial, el concurso de numerosas voluntades de vivir juntos.

En ese sentido, no por alguna teoría del Estado o la sociedad que nunca elaboró, sino por su aliento de los viajes y su fervor por la discusión, Montaigne encarna una lección cronológicamente distante pero psicológica y culturalmente tan cercana, y cálida por añadidura, de acogimiento y de civismo en una sociedad, como la nuestra, inclinada además hacia el encierro tecnológico y el narcisismo consumista.

En resumen, ningún espacio mejor para incrementar y realzar la figura humana que el lecho de una pluralidad asentada y fluida, exactamente esos espacios intermedios

³⁰ *Los ensayos*, III, VIII, pp. 1380-1381.

³¹ La cursiva es mía. “Hallarse obligado a conversar con seres diferentes obliga a no tomarse a sí mismo por el centro del universo, y autoinyecta a la par ciertas dosis de tolerancia, a la vez que enriquece la propia inteligencia. La diferencia es buena en el sentido de que nos conduce a la universalidad; hay que observar las diferencias, decía Rousseau, con vistas a descubrir las esencias.” (*El hombre desplazado*, pp. 270-271)

³² Dice Aristóteles, también en la *Política*, que el ciudadano “por ningún otro rasgo se define mejor que por su *participación* en la justicia y en el gobierno” (trad. C. García Gual y A. Pérez Jiménez, Madrid, Alianza Editorial, 1998, III, 1275a, p. 117). La cursiva también es mía.

donde tanto Hannah Arendt como Martin Buber situaron el pleno acontecimiento de la persona,³³ ambos precisamente filósofos sobrevivientes de uno de los más grandes y feroces intentos de destrucción de la diversidad y la igualdad, el régimen nazi. Como concluye Michel de Montaigne, “se dice, con toda razón, que un hombre honesto es un hombre mezclado”.³⁴

Referencias bibliográficas

Arendt, Hannah. 1993. *La condición humana*, Barcelona: Paidós.

Aristóteles. 1998. *Metafísica*, Madrid: Gredos.

Aristóteles. 1998. *Política*, Madrid: Alianza Editorial.

Bloom, Harold. 2002. *El canon occidental*, Barcelona: Anagrama.

Buber, Martin. 1986. *¿Qué es el hombre?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bürger, Christa y Peter Bürger. 2001. *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, Madrid: Akal.

Grayling, Anthony C.. 2007. *Descartes. La vida de René Descartes y su lugar en su época*, Valencia: Pre-Textos.

Delumeau, Jean. 2002. *El miedo en Occidente. (Siglos XIV-XVIII) Una ciudad sitiada*, Madrid: Taurus.

Descartes, René. 1999. *Discurso del método*, Madrid: Tecnos.

Flaubert, Gustave. 2003. *Cartas a Louise Colet*, Madrid: Siruela.

³³ Dice Buber: “el hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre. Lo que singulariza al mundo humano es, por encima de todo, que en él ocurre entre ser y ser algo que no encuentra par en ningún otro rincón de la naturaleza. [...] Sus raíces se hallan en que un ser busca a otro ser, como este otro ser concreto, para comunicar con él en una esfera común a los dos pero que sobrepasa el campo propio de cada uno. Esta esfera, que ya está plantada con la existencia del hombre como hombre pero que todavía no ha sido conceptualmente dibujada, la denomino la esfera del ‘entre’. [...] No se trata de una construcción auxiliar *ad hoc* sino del lugar y soporte reales de las ocurrencias humanas”. (*¿Qué es el hombre?*, trad. Eugenio Imaz, México, Madrid, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 141 y 146-147)

³⁴ *Los ensayos*, III, IX, p. 1470.

Lacouture, Jean. 2000. *Montaigne a caballo*, México: Fondo de Cultura Económica.

Montaigne, Michel de. 2007. *Los ensayos*, Barcelona: Acantilado.

Navarro, Jesús. 2007. *Pensar sin certezas. Montaigne y el arte de conversar*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Swift, Jonathan. 2003. *Los viajes de Gulliver*, Madrid: Cátedra.

Thoreau, Henry D. 2010. *Walden*, Madrid: Cátedra.

Todorov, Tzvetan. 2006. *Elogio del individuo. Ensayo sobre la pintura flamenca del Renacimiento*, Madrid: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.

Todorov, Tzvetan. 2008. *El hombre desplazado*, Buenos Aires: Taurus.

Zweig, Stefan. 2003. *El legado de Europa*, Barcelona: Acantilado.